

MI ABUELO EL QUE ESCRIBE

como ritual plasmado por pintor cortesano (desastre de Austria desastre de Borbones) yo llegaba y aunque hiciera meses que no nos veíamos, la conversación tenía el ambiente de una comunicación interrumpida hacía un rato por el sueño o cualquier accidente temporal sin la menor importancia.

- Mañana será un buen día para ir a tirarle a los patos- adelantando las manos al fuego. Cogiendo una brasa y encendiendo la pipa.

Y después sin transición a contarme con detalle otra mañana en la que salió hace no sé cuantos años y enfurecido porque desde el otro lado del río le abatían los patos que le iban entrando a él en su puesto, se lanzó al río con la carabina en la boca, dando un gran rodeo para sorprender a aquél maldito cabrón y siniestro enemigo de su gloria cinegética. La joven viuda del vizconde Darmiel, tierras vecinas. Lo venía observando desde hacía días con sus potentes prismáticos, catalejos y telescopios (caprichos del difunto) como única distracción en su retiro voluntario tras la tragedia. Afortunadamente no se lanzó sobre sus enemigos sin más. Todo quedó en un intercambio de frases brillantes, mitad furiosas mitad divertidas. Y qué muslos tan excepcionales, pechos destructivos, gran virtuosismo amatorio y una boca no sólo hábil para deshacerte en medio de orgasmos de duración peligrosa, sino ingeniosa, caústica, reveladora de que la clase social a la que pertenecía era a aquellas alturas de su vida sólo un medio. Sus ayudas a troskystas, anarquistas y sindicalistas eran la consecuencia inmediata de su capacidad de análisis del mundo que la rodeaba.

-¿Y qué escribes ahora, abuelo?

- Nada de particular. Una novela donde doy noticias ciertas de la existencia de una gran violencia, egoísmo y rapacidad de unos hombres contra otros a pesar o a caballo de nuestra capacidad tecnológica actual. Y comienzo de la forma más sencilla, como tantas catástrofes y crímenes: le cuento a mi nieto preferido una accidentada cacería de patos y mis amores con la encantadora viuda del vizconde Darmiel, que fue mi vecino, desarrollando sin contemplaciones (que se jodan) toda una peripecia vergonzosa y triste en la que los personajes